

El gato y el sapo de la llanta

Sebastián Mendoza Jirón

En lo más profundo de un bosque mágico, donde los árboles parecían hablar entre ellos y los ríos cantaban canciones antiguas, había un lago brillante y tranquilo. En la orilla del lago, descansaba una llanta vieja, cubierta de musgo, helechos y flores diminutas. Nadie sabía cómo había llegado ahí, pero para el sapo Torquilio, era el mejor lugar del mundo.

Torquilio era un sapo sabio y curioso. Vivía solo, pero nunca se aburría. Pasaba sus días croando canciones, atrapando insectos sabrosos y hablando con las libélulas. También, tenía una colección de cosas raras que encontraba flotando en el lago: cucharas oxidadas, piedras en forma de corazón y una lupa que usaba para leer hojas como si fueran libros.

Una tarde, cuando el sol ya empezaba a esconderse detrás de los árboles, Torquilio escuchó un sonido extraño: unas patas suaves caminando sobre las hojas. Se asomó con cuidado desde su llanta y lo vio...

¡Era un gato! Pero no cualquier gato. Era el gato más hermoso que Torquilio había visto en su vida. Su pelaje era gris plateado, como si la Luna le hubiera dado un baño de luz. Sus ojos eran dorados brillantes como el sol al amanecer. Caminaba con elegancia, como si el bosque fuera suyo.

–¡Guau! –croó Torquilio, escondiéndose rápidamente–. Ese gato parece un príncipe... Pero seguro también sabría delicioso.

Sí, Torquilio tenía una pequeña debilidad, cuando algo lo impresionaba, también pensaba si podría comérselo. Era una costumbre fea, pero difícil de evitar.



Así que, el sapo ideó un plan: preparó una trampa con lianas y hojas de nenúfar, justo al borde de la llanta y esperó. Pero el gato no era tonto.

–¿Qué haces ahí escondido, sapito? –preguntó el gato con voz suave y burlona–. ¿Intentas atraparme?

Torquilio se sonrojó... o al menos lo que se puede sonrojar un sapo.

–Eh, no...claro que no. Solo... estaba regando mis plantas –dijo, tratando de sonar natural mientras una libélula se le posaba en la cabeza.

El gato rio y se tumbó al lado del bosque.

-Me gusta pasear y encontrar lugares tranquilos. Yo soy Torquilio. Y esta es mi casa
respondió el sapo, ahora un poco menos nervioso.

-Es una llanta -dijo Silvano, el gato, curioso.

-¡Es una mansión! Tiene vista al lago, techo con flores y está hecho de material reciclado -
replicó Torquilio con orgullo.

Silvano se rio tanto que casi se cae al agua. Y así, sin quererlo, nació una amistad. Desde
aquel día, el gato venía a visitar al sapo todas las tardes. Se contaban historias, mientras las
estrellas salían a jugar en el cielo.

Silvano le hablaba de sus aventuras por los tejados, de noches donde hablaba con la luna,
de ratones que organizaban conciertos secretos en los desvanes de las casas. Torquilio le
enseñaba a croar con ritmo, a identificar los tipos de sapos por sus canciones y a cómo
flotar, usando una hoja como bote. A veces discutían, claro. Una vez pelearon, porque
Silvano se comió todas las mariposas que Torquilio estaba observando. Otra vez, porque el
sapo mojaba sin querer la cola del gato.

Pero siempre, siempre, hacían las pases antes de que saliera la luna. Un día, Silvano le
preguntó:

-¿Todavía quieres comerme?

Torquilio lo pensó un momento y luego dijo:

-Tal vez al principio sí... pero ahora prefiero reír contigo que comerte.

El gato ronroneó feliz y le dio un golpecito con la cola.

Y así fue como un sapo que vivía solo en una llanta, y un gato que brillaba como una luna,
se hicieron grandes amigos. Descubrieron que la amistad verdadera puede nacer incluso
entre los más diferentes... si uno abre el corazón y guarda el apetito.

Enlace para votar: <https://forms.gle/XfoVHYqfzwWdS9fm6>